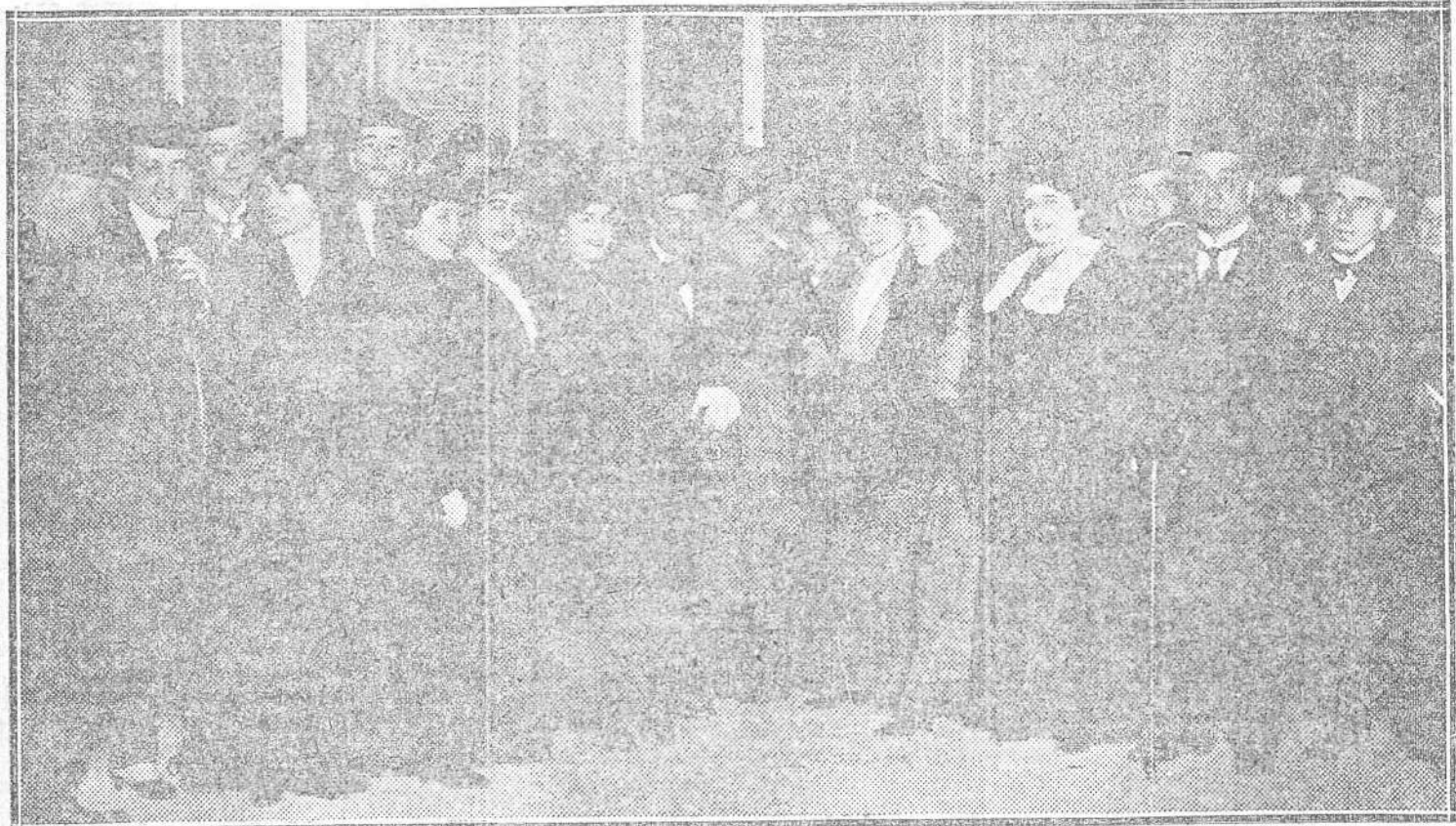


## «EL DUENDE» ENTRE ARTISTAS

## ILOS DE LARA!

¡Lara!—En el escenario.—En los cuartos de los artistas.—Los amores de la Bárcenas.—Manrique y Arcos.—La tristeza de Leocadia Alba.—Las coqueterías de Mercedes Pardo.—La esperanza de Paco Palanca.—El pasillo de los amorosos.—La Moneró, la Seco, la Escudero y la Latorre quieren un novio.—«El buen humor».—Un acta curiosa.—A las puertas del teatro.



«El duende de la Colegiata», con los artistas de Lara, en la puerta del teatro, hoy á la una de la madrugada. De izquierda á derecha, las actrices Srtas. Latorre, Seco, Moneró, Pardo, Alba, Alverá, Bárcenas, Escudero é Illescas. Los actores señores Palanca, Manrique, Arcos, Isbert, Vargas, Collado, Carrere, Peña, P. Indarte, Tordesillas, Zaragozano y Diego, y el Sr. Alenza.

Lara es en Madrid una institución. El público madrileño tiene cariño á la bombonera de D. Cándido, y atraviesa la capital de España de extremo á extremo para solazarse en el elegante teatro de la Corredera y convivir con los artistas á quienes quiere, aplaude y riñe, si faltan.

La luz moderna que se desliza por tubos esmerilados me dió al entrar una sensación luminosa de esplendor. Echó de menos la figura simpática de D. Cándido, sentado en el vestíbulo, con su sombrero de copa y su afabilidad cordial; la reciente desgracia de familia que le abruma, y á la que nos hemos asociado todos sus amigos, nos resta de ver en aquel vestíbulo por algún tiempo su figura amable. Eduardo Yáñez, el inteligente *factotum* de aquel lindo teatro, cruza los vestíbulos, la Contaduría, la sala, el escenario, oyo avizor, observándolo todo, sin perder un detalle; el popular Alenza no puede avanzar tres metros sin ser detenido por cuarenta personas que le consultan algo.

Entró en el escenario de Lara; del cuarto de Catalina Bárcenas se escapa una torrente de luz; tiene el cuarto de la encantadora primera actriz un reflejo claro de juventud, alegría, vida... ¡Comprendo que el Sr. Vargas, el afortunado marido de Catalina Bárcenas, sea feliz y alegre de su felicidad! ¡Ya lo crecí!

La Bárcenas dice que tiene miedo de hablar conmigo; huye al escenario; vuelve al cuarto; yo procuro encontrarla en los pasillos, en la escalera, en escena, en su cuarto. ¡Y cuando la convengo de que ella no tiene por qué temer nada de mí, habla y ríe!

Sotillo, el simpático y afortunado arreglador de *El amo y el criado*, escucha extasiado la relación de Catalina Bárcenas: «Pues, sí, es verdad!»—dice la preciosa actriz, riendo—, mi marido y yo nos éramos muy antipáticos, exageradamente antipáticos. ¡Yo no le podía ver! ¡Y mi marido me molestaba cuanto podía; era mi mayor enemigo en el teatro! Una vez, ¡lo recuerdo!, estaba yo en la Comedia, cuando mi marido me desahogó el alma del desahogo entre *ayáas*. Bueno, salí corriendo detrás de él y le di una bofetada formidable.

Y la Bárcenas reía, reía, con una risa de plata muy femenina. ¡En fin, por algo el señor de Vargas es tan dichoso!

—Y ¿cómo fue?

La Bárcenas entró en un cuarto para cambiarse de vestido, y hablaba detrás de una cortina; su marido, el señor de Vargas, el afortunado marido, estaba sentado en una silla, y entre marido y mujer me contaron la historia de sus amores.

—El día antes de salir de Barcelona no nos podíamos ver—dijo él—nos odiábamos.

—Y fué en el tren—añadió ella.

—Sí; íbamos á Pamplona—dijo él.

—Y todos se habían dormido en el departamento—continuó ella—mi marido y yo pasamos hablando toda la noche.

—Y al día siguiente, al llegar á Pamplona, instantáneamente los dos nos asomamos al balcón—¡Y habíamos!

—Y tú saliste con un traje gris.

—Sí, ¡es verdad!

—Que á mí me hizo mucha gracia.

—Bueno, y... después de un año de relaciones, nos casamos en Cuba!

—Es verdad que usted nació en Cuba, ¿verdad?—pregunté á la Bárcenas.

—Sí, en Cienfuegos.

—Pues la Cienfuegos decía siempre: «Estos que tanta antipatía se tienen acabarán por casarse»—dijo ella.

—Y todos los que nos observaban—añadió él.

Catalina Bárcenas, la inteligente primera actriz de Lara, á quien el público adora, dedicada y sugestiva, apareció ante nosotros radiante de belleza. ¡En fin, que por algo el señor de Vargas es tan dichoso!

—¿Qué hay, señor de Manrique?—pregunté al ganar de la compañía.

—¡Ya lo ves!

El aplaudido actor, hijo político del gran artista D. Juan Blázquez, de quien aprendió lo mucho que sabe y el público admira, me estuvo hablando de su vida artística, de sus luchas, de sus triunfos.

—Veo que coincidimos en varios momentos de la vida—le dije—. Esos sentimientos son los mismos también.

Y terminamos comentando alegremente las coincidencias.

Rafael Arcos, el famoso transformista que el público ha aplaudido tantas veces y que hoy tiene en Lara un sitio que él sabe destacar, se caracterizaba con la maestría que acostumbra.

Paré al cuarto de la eminente Leocadia Alba; la graciosa primera actriz, sentada en un rincón, seria y abstraída, confeccionaba con un gancho un zapato de lana.

—¿Para quién es?—pregunté.

—Para un niño pobre; para el hijo de mi portero.

—¿Está usted triste, Leocadia?—pregunté á la popular actriz, viendo en su cara una melancolía extraña.

—Estoy como siempre; yo nunca estoy alegre; yo estoy siempre triste.

Y Leocadia Alba me dijo aquello con una ternura que me impresionó. Sentí la sensación de escalofrío que me hormigueaba en algunas obras que he visto representar á Leocadia Alba, y en las que la genial característica ha representado personajes llenos de sentimiento y ternura.

No quisiera saber más. ¡Aquella mujer que ha hecho reír á tantos públicos; aquella mujer que arranca una carcajada con un gesto; aquella mujer que estremece de gocejo con un ademán, es triste; está siempre triste, y allí, en un rincón de su cuarto, hace zapatos de lana para un niño pobre, para el hijo de su portero!

Y entré en el cuarto coqueto de Mercedes Pardo, el *bisbet* de Lara, la encantadora mujercita de los ojos picarrescos, boca incitante y figura de estatua.

—Bueno, Mercedes; ¿por qué hoy estás más bonita que ayer?

—Por lo que estará mañana más que hoy—respondió Mercedes Pardo sacando un hocico muy mono y haciendo una mueca de coquetería suprema.

—Bueno; ¿cómo cupiste ó no? Porque se dice por ahí que decididamente te dedicás á estreñir de *variedades*.

—No; yo sé que por tu imaginación pasó esa idea.

—Sí; pero la he desechado en absoluto.

—De modo que no hay capis?

—No, no y no, ¿lo quieres más claro?

—Bueno, ¿es verdad ó no que te vas con la Xirgu?

—Pero, ¿te has propuesto quemarme la sangre esta noche?

—Bueno; no te mires más al espejo y contentáste.

—¿Tampoco.

—Pero la Xirgu te ha hecho proposiciones. ¿Lo sé?

—Sí, es verdad. ¡Y muy buenas! Me han hecho unas proposiciones magníficas.

—Pero ¿eres tú posible salir de Lara? ¿Tú? Si te atreveses, el público se pondría en la puerta para impedirlo.

—Sí, me quiere mucho el público, ¡es verdad! ¡Y yo á él! ¿le correspondo?

—¿Quieres no mirarte más al espejo?

—Sí; es que me encuentro muy guapa—contestó la monísima actriz remediando la voz de una niña pequeña.

—Bueno, ¿te casas ó no te casas?

—No me hables de eso... ¡ni pretendientes!

—Pero ¿es posible?

—Pregunte, pregunta... ¡ahora verás cómo estamos de amores las chicas de la compañía!

—¿Tan preciosa como eres?

—¡Tan preciosa como soy!

Y la deliciosa Mercedes Pardo hizo un gesto de coquetería para comercial.

El gracioso actor Sr. Mora no estaba en su cuarto y no pude tener la satisfacción de hablarle.

Entré en el del director de la compañía, Paco Palanca.

—¿Qué haces?—le pregunté.

—¡Ya lo ves! ¡Esperar!

—¡Ah, la esperanza!—exclamé yo, á quien esa palabra produce siempre una honda emoción.

—Sí; aquí estoy esperando... yo. ¡Ya lo ves! Vivo con mi mujer y mi perro, tranquilo, independiente; no sé nada de nadie; fuera del teatro no me acuerdo de que soy cómico. Yo aspiro más que á terminar mis días allí, en un pedazo de jardín que tengo en Valencia, en la Malvarrosa, donde recordaré el teatro y sus luchas, ¡un día, tranquilo, solo, independiente, con mi mujer y mi perro...

El director de la compañía de Lara me dijo aquello con una gran sinceridad; en una explosión entusiasta, con esa manera de decir que tiene Palanca y que comunica al público cuando le quiere emocionar.

Bajé unas escaleras, y en el pasillo inferior, ¡¡¡ojos bien, lectores, por si vais, que iréis, están los cuartos de las muchachas de citas que se llaman María Luisa Moneró, Carmen Seco, Carmen Escudero, Eugenia Illescas y Mercedes Latorre.

—Bueno, preciositas—les digo á las deliciosas actrices—, ¿qué hay de amoros?

Una carcajada general me contesta.

—¿Amoras? ¿sí, sí?—me dice la Moneró.

—¿Oo que ¿amoras?—dice la Seco.

—¿Hablar aquí de amoros?—continúa la Latorre.

—Pues la Illescas si se casará—digo yo.

—Es que la Illescas es una elegida de la suerte—exclama la Moneró.

—¿Una rara avis?—grita la Seco.

—Lo mismo que á quien le toca el egordí—dice Carmen Escudero.

—¿Cuándo es la boda?—pregunto á la Illescas.

Y la hermosa Eugenia Illescas me responde:

—Con objeto de no hacer dos gastos, el mismo día que la de él.

—Muy bonito!—digo yo.

Y él aparece.

—Pero ¡hombre! ¿Ya está usted aquí? ¡No la deja usted ni á sol ni á sombra!—digo.

—Ya la dejaré cuando se case; eso sucede siempre; ahora tiene el sarampión del amor—me dice la Escudero en voz baja.

—Dígame usted, ¿le pregunto al novio—¿cuándo es la boda?

Y el novio de la Illescas sonríe; pero no responde.

—Bueno, ¡en serio!—pregunto á la Moneró, la Seco y la Escudero—. De verdad, ¿no tenéis amoros?

—De verdad, *Duendín*—dice la Moneró—. Cuando lemos lo que decían las tipas (de Apolo dijimos nosotros: «Ese es nuestro caso».

—¿Pero ¿así posible?

—¿Así como lo oye usted.

—¿Y qué hacen los hombres que no se están matando ya por entrar en este pasillo á disputárselas á ustedes?—exclamé.

—¡Eso digo yo!—dice la Moneró—. ¿Qué hacen?

—¡Yo no sé lo que hacen!—añade cómicamente la Seco.

—Hagan lo que hagan, hacen muy mal—dice Carmen Escudero.

—Sí; muy mal—continúa Mercedes Latorre.

—En fin; dígame usted que, en vista de que no hay plaga *decidida*—murmura la Moneró con su sonrisa diabólica de sirenila tentadora—, hemos fundado una Sociedad que se llama «El buen humor».

Me rodeaban los actores Pepe Isbert, Manuel Collado, Luis Tordesillas, Eduardo Zaragozano, Salvador Mora, Luis de Diego y Ramiro Carrere.

—Sí, sí, es de nuestra alegre Sociedad—dijo un artista.

Hubo una algarazca explicándome la Sociedad y su objeto.

—¿Quiere usted oír el artículo primero?—me preguntó Collado.

—Sí, con mucho gusto—respondí.

Y sacando un papel, me leyó un actor:

Artículo 1.º Habiendo sido demostrado por las eminencias médicas que toda persona que tiene el humor árido no puede vivir en paz y su vida es un constante martirio, se funda en Madrid, y en el teatro de Lara, una Sociedad en la que todos sus socios han de desterrar ese microbio del mal humor y, en cambio, poseer una dosis del bueno capaz de hinchar un globo.

Art. 2.º Es tal la alegría que debe reinar en esta Sociedad, que ni por casualidad puede ningún socio arrugar el entrecejo, ni mucho menos ponerse serio porque cualquiera de sus compañeros le gaste una broma, siempre de buen género; en este caso será castigado, la primera vez, con multa, y la segunda será expulsado de la Sociedad.

Art. 3.º Ande, chipate así!

El que lo quiera así, lo toma, y el que no, lo deja.

—¿Quiénes constituyen la Junta directiva?—pregunté.

Y la lindísima Moneró me dijo:

—Presidenta de honor, Virginia Alverá; presidenta efectiva, Carmen Escudero; vicepresidente, Mercedes Pardo; tesorera, Carmen Seco; contadora, Eugenia Illescas; secretaria, Mercedes Latorre; vocales, Joaquina del Pino, Leocadia Alba, Catalina Bárcenas, Pilar Herrero, Moya y una servidora de usted.

—¿Se ha celebrado alguna sesión?—pregunté.

—Sí, y levanta mos actas.

—¿A ver, á ver!

Y me entregaron un acta que, copiada á la letra, dice así:

ACTA DE LA JUNTA CELEBRADA EL DÍA 27 DE OCTUBRE DE 1912.

Señores que asistieron: Srtas. Alverá, Escudero, Seco, Illescas, Latorre, Bárcenas y Moneró y señores Collado, Vargas, Peña, Lasso de la Vega, Tordesillas, Carrere, Zaragozano, Arcos, Yáñez, Alenza y Sotillo.

En la villa y corte de Madrid, á las once de la noche del 27 de Octubre de 1912, en la sala de juntas se reunió la Sociedad, previa citación de la Directiva.

Abierta la sesión y aprobado el reglamento y acta de la anterior, la señora presidenta manifestó que el objeto de la reunión era poner á discusión si se invertirían los fondos de la Sociedad á fin de que se guardaban para el festival de fin de año.

La Sra. Bárcenas, en un elocuente discurso, manifestó que el dinero podía correr peligro de echarse á perder y que era necesario endulzarle el tragadero, á fin de que, con buñuelos de viento ó porquerías de todos los santos, gastando lo que quedase en licores ános ó aguardiente fuerte, según la cantidad.

Casi todas las señoras votaron por los buñuelos, y el Sr. Vargas solicitó dos reales de aguardiente, porque le empujaba el estómago.

El Sr. Sotillo largó cuatro caramelos, que puestos en claro resultaron que ofrecía una botella de champagne Pomeroy.

Aprobado por unanimidad, y en vista de que la discusión era general y no podía entenderse nada, se levantó la sesión, quedando conformes y conformes.

Y para que conste, doy fe.—Fecha y día supra.—La secretaria, Mercedes Latorre.—Y.º B.º La presidenta, Carmen Escudero.

—Pero ¿ya usted á publicar el acta?—me preguntó Vargas muy serio.

—¡Claro!

—Yo le explico que no crea eso del aguardiente, ¿eh?—me dijo el marido de la Bárcenas.

—De verdad—exclamó Catalina—. ¡Ya ve usted! ¡Lo he acostumbrado yo á beber algún vino después de las comidas! Antes de casarse, ¡ni lo probaba!

—¿Que conste que en la redacción de esa acta hay un error de interpretación!—añadió Vargas.

—¡Constará!

Y así lo digo para que conste.

El maestro Bailesteros está escribiendo el himno de la Sociedad—me dijo la Seco.

—Bueno, *Duendín*; quedamos en que dirá usted que estamos esperando esos *decididos*—exclamó la gentil Moneró.

—¡Sí; porque mientras llegan, hemos de contentarnos con pensarnos á «El buen humor»—dijo la Seco.

Y la Moneró y la Seco, elegantísimas con sus magníficos toales de *El asno de Buridán*, rivalizaban en gracia, ingenio y sugestiva intención. En fin, lectores, ¡ya lo sabéis!. En el pasillo inferior de Lara están. ¡Más no haría un padre por sus hijos!

La Alverá repasaba, silenciosa, una camisa en su cuarto; Carmen Escudero, piélica de gracia y derramando simpatía por los cuatro costados, se había vestido de «chotones» con su picarresco modo de presentarse en escena, que cautiva al público; la Illescas hablaba con su novio; Mercedes Latorre, muy bonita, asentía á lo que estábamos diciendo, y la Moneró y la Seco, las dos encantadoras casadas de *El asno de Buridán*, me decían:

—¿Usted, *Duendín*? ¿Los contrastes de la vida! En escena hacemos de casadas picaronas y aquí no somos más que dos solteras inocentonas... sin un mal pretendiente!

«Terminó la función y salimos todos á la calle. Alfonso nos esperaba con su máquina para retratarnos.

El público se detuvo, sorprendido.

—¿Qué pasa?—se preguntaban unos á otros, viendo á toda la compañía parada á la puerta del teatro á la una de la madrugada.

Y cuando explotó el fogonazo del magnesio iluminó muchos transentes, prosiguiendo su camino.

—¡Ah! ¡Vámonos, vamos de *El duende*!

Y un torrente de carcajadas femeninas cruzó por la Corredera como una ola de alegría de juventud, de arte, de vida... ¡Vida intensa!

El duende de la Colegiata.

## EXTRAVAGANCIAS

Límites Jurisdiccionales.

En el teatro único de una villa del Estado de Nueva York trabajaba una linda actriz, á quien cierta costurera de Boston reclamó el pago de 500 dólares que le debía.

La actriz no negó la deuda ni tampoco se negó á pagarla. En su descargo dijo que su empresario aun no la había dado un céntimo. Pagaría poco á poco, conforme fuese cobrando.

La reclamante no se conformó, y para cobrar pidió que á la reclamada se le embargasen unas ligas ornadas de diamantes que llevaba, y cuyo valor ascendía justamente á 1.170 dólares.

Deliberó el Tribunal largo rato, y al cabo resolvió que no procedía el embargo, por estar colocados los objetos embargados en territorio al que desorramente no podía llegar la mano ni alcanzaba la jurisdicción de los agentes de la autoridad.

Los «puentes» de 1913.

Para aquellos á quien un domingo ó un día de fiesta aislados les sabe á poco, el año venidero es muy decentito, y que rabia las naciones extranjeras.

Hay que los domingos nos escapemos dos fiestas, la Purificación y San Pedro y San Pablo; pero en cambio tenemos el día antes ó el día después de domingo: los Reyes, Todos los Santos, la Navidad y la Purísima.

«Puentes normales» hay Santiago, que ese en viernes, y la Asunción, en el mismo día de la semana.

Dos «puenteitos»; pero hay uno, ¡oh, lectores queridos!, verdaderamente único, colosal, insuperable, que más que puente es viaducto; un puente que ni el de Alcántara, ni el de Hollands-Deerp, San José «casi en microscopio»; ¡nuevas y viejas, fiestas, sábado, puente; domingo, lunes, puente, y martes, la Encarnación. ¡Siete días! ¡Una semana justa mediante dos pontones!

¡Ay, felices los aficionados, gente de buen gusto! Felices ellos, porque el HERALDO se publica todos los días!

## MUERTE DE UN OBISPO

FOR TELEFONO  
Cáceres 4 (10,45 m.)

Anoche, á las diez y media, falleció en Ibadahando el obispo de Plasencia, ilustrisimo Sr. D. Francisco Jorján y Morro.

La muerte ha sido sentidísima.

El cadáver será embalsamado para trasladarle mañana á Plasencia y darle sepultura en aquella catedral.



trísimo Sr. D. Francisco Jorján y Morro. La muerte ha sido sentidísima.

El cadáver será embalsamado para trasladarle mañana á Plasencia y darle sepultura en aquella catedral.

## INFORMACION MILITAR

La huelga ferroviaria.

Como final á la cuestión ferroviaria, y aparte de desvalorizar las indemnizaciones que se han de dar á la oficialidad y tropa, se ha publicado una Real orden concebida en los siguientes términos:

«La última huelga de ferroviarios ha motivado la necesidad de movilizar á determinados personal comprendido en los seis primeros años de servicio, para evitar la total paralización del movimiento de trenes; la designación de delegados de las autoridades militares regionales para cooperar á dicha movilización y exigir el exacto cumplimiento de las órdenes é instrucciones dadas al efecto, y finalmente, para custodia de las vías, material y obras de fábrica, y en previsión de que se alterara el orden público, ha sido preciso enviar unidades armadas á determinados puntos de la Península.

Secundando las previsiones medidas adoptadas por el Gobierno, han sido muchas las personalidades técnicas, militares y civiles, que, dando manifestas pruebas de acendrado patriotismo, ofrecieron incondicionalmente sus servicios para contrarrestar los efectos de la huelga y tender á desplayar la situación pasada.

Normalizada la vida de la nación, debido muy principalmente á la cooperación prestada por el mencionado personal, el Rey (Q. D. G.) ha tenido á bien resolver se haga presente á V.º E.º el agrado con que ha visto la subordinación y disciplina de los movilizados al acudir con prontitud al llamamiento ordenado al efecto, inteligencia y acortamiento de los que fueron designados para cumplir las disposiciones dadas, las cuales tanto

han contribuido al restablecimiento del orden, y, finalmente, el valioso y patriótico ofrecimiento de los demás.

Wíeles.

Anoche llegó el ministro de la Guerra, acompañado de su distinguida familia, procedente de Zaragoza y Albarracín, donde pasó dos días.

En el mismo tren venía el general Weyler. Mañana, en el expreso, sale para Ceuta el general Arce.

El coronel Rexam.

Monsieur Louis Dours, en representación de la Sociedad de tiro de Bayonne-Biarritz, ha venido á Madrid á entregar al coronel Rexam, como jefe del equipo español que fué al concurso internacional de tiro, una copa de plata con los escudos de dichas dos ciudades.

Los tiradores españoles dieron un banquete en el «Ideal Room» al representante francés.

## POR LOS MINISTERIOS

Fomento.

El diputado Sr. Beltrán y Masitu ha visitado esta mañana al ministro de Fomento para inv